

IDENTIDAD

Descubriendo quién soy a través de la duda

P. Francisco Ibañez

Reflejos y sombras

La mañana descansa suavemente en el exterior creando una atmósfera rutilante sobre la faz del campo que invita a salir y entrar en contacto con el calor solar y la brisa fresca. Pero antes, cabe un momento de contemplación a través de la ventana cual observación crítica de una pintura recién presentada tras el descorrer de las cortinas. Algo se interpone. Moviendo la cabeza y luego el cuerpo hacia uno y otro lado, una imagen persiste entre el observador y lo observado. Todo intento de evitar esa imagen que estorba la planitud visual es vano pues no es más que el reflejo del rostro en el vidrio de la ventana, rostro que permanecerá fiel a los movimientos de su par real. El día se acerca a su ocaso saludando con los arreboles del atardecer por última vez y la imagen reflejante persiste en la ventana mientras el sol desciende por las escaleras del universo hasta esconderse en el sótano de la luz. Por detrás del observador, una mancha cubre el suelo y se extiende hasta el otro extremo de la habitación, por lo que sigue avanzando y trepa la pared. Es la sombra, que obedece a los vectores proyectados por la incidencia de la luz sobre el sujeto. Reflejo y sombra, coexistiendo en el mismo tiempo y lugar. El reflejo impidiendo una claridad visual al exterior y la sombra que mide en su extensión la partida de la luz y del día.

Esta imagen ilustra una realidad inexorable a nuestra subjetividad: nuestra identidad está plasmada sobre el cristal de la percepción y emula todos los movimientos, de manera que se sublima con el exterior y se hacen uno. Lo que vemos es la suma de lo que existe y de lo que somos.

El concepto de identidad ha estado ligado al pensamiento humano desde tiempos inmemoriales. Ubicar la pregunta ¿Quién soy? en el centro del pensamiento es ubicarse en una de las preguntas filosóficas más profundas desde la cual se han construido un sinnúmero de teorías humanas y perspectivas que se han desplazado por la historia y las culturas hasta hoy.

Tal como si de un aparato se tratase que escapa a nuestro entendimiento, podemos adentrarnos a la aventura de desarmar este concepto y explorar todas sus partes e interacciones entre sí, para luego poder armar de nuevo una estructura comprensible que sirva a los propósitos de nuestra existencia.

Pero, ¿por qué analizar el concepto de identidad en el ámbito de la iglesia cristiana? En primer lugar, porque la Biblia trata a lo largo de sus páginas con la identidad del ser humano, su lugar en la historia y en los planes de Dios. David le preguntó a Dios: “Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmos 8:4). Las Palabras de la Biblia, entonces, no escapan a la inserción filosófica de la existencia del ser humano. Por otra parte, la Biblia da testimonio, como veremos más adelante, que la identidad del ser humano es uno de los blancos de ataque más frecuentes por parte de satanás, quien, lejos de ser una criatura mítica, llegó a ser un patente enemigo de la creación divina por la multitud de sus irrupciones en la naturaleza divina en la humanidad. Si no tenemos pleno conocimiento de quiénes somos, no tendremos seguridad del lugar que ocupamos en el tiempo y el espacio con respecto a los planes de Dios.

Deconstruir la identidad

Para empezar, podemos proceder a deconstruir el concepto de identidad dividiendo sus partes y analizando sus componentes, desde la pregunta ¿Qué me hacer ser yo? La respuesta muchas veces puede resultar automática y hasta a veces, obvia. ¿Qué nos hace ser quienes somos?

Pensemos en algunos de los elementos que nos vienen a la mente. ¿Nuestro nombre? Para muchos el trasfondo etimológico del nombre puede influir en la personalidad de las personas tal como los fenómenos astronómicos al momento de nacer según la astrología. Para otros, no carga en sí ningún significado más que la función nomencladora de un ser humano. Independientemente de esto, podemos aseverar que nuestro nombre no nos hace quienes somos en totalidad puesto que hay muchos otros seres humanos que llevan nuestro mismo nombre. De hecho, nos resulta siempre curioso y hasta sorprendente encontrar nuestro nombre duplicado en otra persona, siendo un hecho tan común. Tal vez nos sorprenda más saber que no somos únicos, más que alguien se llame como nosotros. Tal vez sea un fenómeno que determine la existencia de sobrenombres. Aun así, es en extremo difícil hallar un sobrenombre sin igual.

¿Nuestro cuerpo? Sin duda que mantenemos una estrecha relación entre nuestro ser material y nuestro estado ontológico. Sin vacilar, estamos seguros que somos nuestro cuerpo hasta que por elección o eventualidades de la vida ocurre un cambio corporal. Desde cambiar el color del pelo, usar lentes de contacto de color, hacerse un tatuaje, colocarse un piercing, hasta sufrir una mutilación o ver cercenada una parte del cuerpo. Cuando las personas sufren este tipo de cambios más radicales pasan por un proceso de duelo donde deben aceptar que perdieron una parte de sí mismos -o cambió- y deben

descubrir una verdad que permanece latente: tal persona sigue siendo la persona que es. Existen varios experimentos donde se daba la ilusión a distintas personas de poseer un cuerpo diferente, y sus cerebros lograron con el tiempo asimilar la nueva condición corpórea. Yendo un poco más lejos, una imagen de internet dice: “70% de tu cuerpo es agua. 70% del cuerpo de Hitler era agua. Tú eres 70% Hitler.”

¿Qué quieres ser cuando crezcas? Esta pregunta es recurrente hacia los niños y jóvenes. Ubica a la futura profesión como elemento identificador de la persona asimilándola a su ser. La profesión no es algo que haremos sino algo que seremos. Empero, la situación laboral suele ser uno de los factores más volátiles de la existencia humana, lo que entra en conflicto al asociarla firmemente a la identidad.

Los anales de la historia de nuestro país dan testimonio de grandes batallas, héroes de épicas travesías y emblemas levantados en el fragor de la lucha por una patria. Cuando hablamos de identidad, no dudamos en identificarnos como argentinos, o el país al cual nos sintamos anclados. Hoy en día resulta muy difícil decir fehacientemente qué es ser argentino. El primer lugar, consideramos la Argentina que surgía en tiempos de la primera fundación de Buenos Aires y tiempos atrás. La sangre indígena fue derramada para regar los fundamentos de la nueva sociedad emergente. La tierra fue pues despojada de ellos y poblada por españoles imperiales junto con las naciones conquistadoras en minoría de Inglaterra y Portugal. Más adelante, los españoles y esclavos tuvieron descendencia que conformaron los criollos. Los criollos, abandonados por los españoles por su condición de mestizaje se rebelaron contra los conquistadores y, liderados por una serie de próceres, lograron la independencia. Dichos próceres, junto con la nueva población, idearon un nuevo país. Unos querían una república, otros, un imperio o una colonia dependiente de Francia o Inglaterra. Hubo malentendidos y desacuerdos entre San Martín, Belgrano, Urquiza, Rosas, Alem, Mitre, Roca y muchísimos más. Luego de la constitución de la república, nada de esos pobladores iniciales prácticamente quedó en suelo argentino, sino la población inmigrante de los años 30. Un crisol de pueblos conformados por rusos, italianos, alemanes, franceses, vascos, y muchos más, conforman al considerado arquetipo de argentino, arquetipo que vino a ser caucásico. Más tarde, los pueblos originarios comenzaron a levantarse de nuevo por las antiguas misiones jesuíticas y los movimientos humanitarios. Hoy en día, ¿qué es ser argentino? Además, las personas suelen cambiar su nacionalidad -por elección o refugiados- y no se redefinen con nuevas identidades de persona.

Así, podríamos extendernos a un sinnúmero de elementos que consideramos parte de nuestra identidad que sin embargo, cambian inexorablemente por condiciones de tiempo, espacio y cultura. No somos un partido político, porque éstos cambian, mutan, se dividen y combinan, y sus líderes cambian sus discursos y proyecciones. Y por mucho que amemos un equipo de fútbol, nuestra identidad se desmoronaría si dependiera de él, ya que, aparte de los colores de su bandera, sus jugadores, técnicos y dirigentes cambian constantemente.

¿Y qué respecto a la religión? Este es un punto más delicado, sin duda. Las religiones son facetas de la humanidad que buscan explorar su esencia espiritual. Siempre tendieron a estar ligadas a la política de estado, lo que ha servido como elemento identificador en la

conquista de pueblos y la formación de naciones. Como las religiones acompañaron a los países e imperios desde sus orígenes, quedaron fuertemente ligados al imaginario de los pueblos. Hoy en día resulta más fácil cambiar cualquier otro aspecto de nuestra vida que la visión de la espiritualidad que tengamos. Llegamos a tener la certeza que yo soy lo que creo, porque esas creencias definen nuestro pensamiento y nuestras decisiones. Por eso es importante considerar este punto. El catolicismo, fundado por los primeros papas en el siglo III desde el otorgamiento de los estados pontificios por el imperio romano; el mormonismo, fundado por John Smith en 1830 mediante una visión que sólo él tuvo para reformar la Biblia, crear su propio libro y luego convertirse en uno de los jueces finales de los tiempos; los testigos de Jehová, fundados por Charles Russell en 1881 quien reinterpretó la Biblia y encontró fechas del fin del mundo, y muchos movimientos religiosos más de origen oriental, como el hinduismo, el budismo, el taoísmo, el confucionismo y el brahmanismo. Todo ellos tienen un nombre, una fecha, fundadores con visiones personales y escritos originales. Con excepción del judaísmo y el hinduismo, las religiones identifican un punto de inicio en la historia; las personas que existieron antes de ese inicio no tenían acceso a esa identificación, por lo que luego de su aparición muchos se adhirieron a estos grupos y hoy en día siguen convirtiéndose de una a otra. Nosotros somos llamados de muchas maneras. Cristianos, evangélicos, protestantes, y más. ¿Cuál es nuestra religión? ¿Qué grupo espiritual invoca mi identidad y me ayuda a ser yo?

Una de las ramas de pensamiento ha llegado a la conclusión de que la identidad es una ilusión. El ser humano ha descubierto que todos los elementos que conforman lo que éste concibe como identidad en realidad son factores volátiles, cambiantes, esquivos e impredecibles. Intentamos anclarnos a algo pero la política, la economía, la apariencia, la religión, las ideas y las circunstancias cambian todo el tiempo. Así, la identidad pasa a ser un concepto creado para denominar ese sentido ontológico de pertenencia y existencia, pero es una ilusión, así como el tiempo. El tiempo lo medimos con relojes en horas, minutos y segundos. Contamos días, semanas, meses y años. Celebramos ciertas fechas y cada año nuevo. Sin embargo, ya ha sido demostrado que el tiempo no transcurre: es una dimensión en la cual nos desplazamos, así como el espacio. El hecho de que nuestra mente no pueda contemplar el tiempo como una dimensión uniforme y dinámica, así como podemos observar el espacio, nos hace muy difícil concebir este concepto.

Podemos aferrarnos con todo nuestro ser al pensamiento, a nuestras ideas, pero descubriremos algo muy curioso: otros piensan por mí. La multitud de conceptos de la vida y el mundo que poseo, y mi perspectiva del mundo, vienen a ser un collage de pensamientos ajenos que con el paso del tiempo y la experiencia fui formando en mi mente. Yo llego a ser lo que el otro piensa, y mi pensamiento crítico tiende a ser pensado por otro. Al fin, reproduzco el pensamiento de otro. Somos lo que comemos.

Pensar esto genera una crisis. ¿Qué tipo de crisis? Una crisis de identidad, porque comienza a existir una conciencia de estar perdido en un mar de probabilidades e improbabilidades. Según el diccionario de psicología, una crisis de identidad viene a ser “un periodo en el que la persona experimenta profundas dudas sobre sí misma, dudas sobre el sentido de la existencia acompañadas de sentimientos de vacío y de soledad. Esto le produce una

sensación de ansiedad al tratar de definir o redefinir quiénes somos y en qué momento vital estamos.”

René Descartes fue un filósofo, matemático y físico francés del siglo XVII. Dentro de sus muchos aportes al campo de la filosofía, él tuvo un pensamiento inicial que le dio origen al resto. Para empezar, él se encontraba en una situación no muy diferente a la actual en cuanto al pensamiento humano en el que nos encontramos. Como fue antes mencionado, otros nos piensan y otros llegan a definir nuestra visión del mundo. La postmodernidad y la modernidad líquida dan fe de nuevas generaciones que reproducen constantemente pensamientos ajenos. Lo mismo vio Descartes en su tiempo, especialmente con el escolasticismo, la visión de la iglesia romana frente al mundo. Él tomó una decisión tan radical como polémica: dudar de todo. Por un momento descartó toda posibilidad de certeza de lo que le rodeaba y llegó a un punto cúlmine donde pensó: “Si yo dudo de todo y nada fuera cierto, ¿qué es lo único que permanece? Mi duda”. Así, Descartes concluyó que el remanente de un proceso de descartar de pensamientos es el pensamiento mismo, la razón. Ahora, a partir de la razón, el conocimiento puede ser construido, y con él, se puede comenzar a construir un sentido de identidad, un crisol de elementos que determinen quién soy, no por imposición, sino por el pensamiento crítico.

Un ser que no razona no se construye, y no se conoce. Al no conocerse es incapaz de conocer lo otro. ¿Qué es lo otro por conocer? A Dios. Descartes se propuso comprobar la existencia de Dios desde su iniciativa filosófica. Él pensó que todo lo que le rodea y su ser mismo son imperfectos. Sin embargo, él tenía el sentido de perfección. ¿Cómo sabemos qué es perfecto si no hay nada perfecto? Algo o alguien a puesto conscientemente ese sentido de perfección allí. Lo que vemos es mostrado por, decía él, un genio malvado que nos engaña, o es la realidad creada por un Ser perfecto.

Este es un llamado a profundizar en lo eterno, en la divinidad, despojados de todo término religioso. ¿Se puede pensar en Dios sin pensar en religión? Se puede, y se debe. Jamás Dios ha establecido una religión a seguir. ¿Todas las religiones son válidas entonces? Sus muchas diferencias y contradicciones hacen imposible esto. Mas bien, tenemos que apuntar la mirada más profundamente, no en lo humano, sino en lo eterno.

“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.” (2 Corintios 4:18)

Al acercarnos a Dios, Él toma una iniciativa muy particular:

“Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.” (Efesios 1:17)

“Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos.” (Salmos 32:8)

¿Dios no tiene lógica? ¿Dios no tiene razón? ¿La razón humana no es de Dios? Estas son cuestiones que han ido tomado auge con el paso del tiempo, sin embargo, no es nada cierto: Dios no ha divorciado su ser del ser humano en tanto lo hubiera creado diametralmente opuesto a Él. De hecho, la Biblia dice que el ser humano es un reflejo de la

imagen de Dios y es su semejanza. La capacidad de razonar de las personas no les resulta inútil referente a Dios. Por el contrario, es una poderosa herramienta para indagar en sus misterios. Recordemos la pregunta de David: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmo 8:4). Uno de los factores que han caracterizado más a los antiguos profetas de Dios fue el hecho de haber interpelado su pensamiento muchas veces.

La duda no es inherentemente mala en tanto no conduzca a la destrucción de lo esencial, sino a una profunda búsqueda de lo mismo. Podemos dudar de nuestra fe en tanto tengamos la grandeza de elevarla a su próximo nivel. Kant, el filósofo prusiano de la Ilustración, llegó a decir: “Se mide la inteligencia de un individuo por la cantidad de incertidumbres que es capaz de soportar”. La clave estará en transformar la duda en una fase previa a la acción y no en el punto final de mi proceso de fe.

¿Por qué quedamos a la deriva buscando el sentido de identidad? ¿Por qué todo parece incierto? El doctor y pastor Armando Aldúcin dijo: “La Biblia es el único libro de verdades absolutas.” Hasta principios del siglo XIX se podría especular que esa frase no tiene ningún sustento científico; que la Biblia es un compendio de mitos y antiguas leyendas que no sirven a la modernidad. Sin embargo, desde mediados del siglo XIX se iniciaron excavaciones y trabajos de arqueología a fin de verificar las historias, personas, ciudades y elementos de la Biblia. Tal fue la sorpresa de descubrir paso a paso tal como relata la Biblia la historia del ser humano que en 1865 se crea en Inglaterra la Fundación Para la Exploración en Palestina. De allí hasta nuestros días estos trabajos no han hecho más que aumentar y descubrir cada vez más la exactitud de la Biblia, llamándose esta reciente actividad “arqueología bíblica”.

Por eso, podemos ir con toda certeza a la Biblia y buscar un punto de partida para nuestra identidad. Aunque la psicología ande a ciegas y la filosofía surca los mares de la incertidumbre, la Biblia arroja un versículo clave:

“Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin.” (Eclesiastés 3:11)

Esa eternidad puesta interiormente es la que nos hace buscar permanentemente. La que nos hace dudar, soñar, anhelar, sentir, imaginar y pretender un sentido de identidad. ¿Cuándo fue plantada esa semilla de eternidad?

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.” (Génesis 1:27)

De todas las obras de Dios, el ser humano es la única creación que recibió la imagen de Dios. Él mismo ha hecho de nosotros reflejos de su divinidad en cuerpos materiales. Al decir que nos hizo a su imagen no quiere decir que Dios tiene ojos, manos, piel, órganos y elementos físicos, sino que nos creó seres eternos, seres inmortales. No hablamos de mística o esoterismo, sino raíces de pensamiento que nos arrojan a las profundidades misteriosas de nuestro ser. De hecho, todos los movimientos esotericos y ocultos, como las filosofías orientales, la mitología celta, las religiones de la naturaleza, la astrología, la

numerología y muchos más, tienen razón en sentir que hay algo espiritual, una entidad que absorbe nuestro interés y curiosidad. Pero no es intelectualmente honesto crear, como ellos, ciencias ocultas de la nada sin fundamento alguno solo para darle un nombre. Tenemos como obligación moral y biológica que usar nuestro razonamiento objetivamente. Nos encontramos, entonces, en una situación similar a la de los griegos antiguos que, en la multitud de dioses que habían erigido enarbolando el areópago, un monumento se distinguía del resto, rezando: AL DIOS NO CONOCIDO (Hechos 17:23). Así como el apóstol, venimos a anunciar de aquel Dios que, aún sin conocerle, solemos adorar.

¿Qué sucedió con esa imagen inicial? ¿Qué fue de ese contacto inicial con lo eterno? Génesis capítulo 3 identifica el momento más oscuro de la historia de la humanidad: la separación del ser humano de Dios. Esta brecha con lo eterno ha forzado a la existencia humana a configurarse en un espacio a la deriva, lejos de su fuente vital. Luego de la entrada del pecado al mundo, Dios sabe que el ser humano se ha perdido y perdió su identidad como criatura eterna de Dios. "¿Dónde estás tú?" (Génesis 3:9) El hombre se ha perdido, su imagen se ha corrompido. La fuente de agua mansa donde veía su rostro se ha removido y es un charco sin forma. Desde ahora, lejos del Edén, deberán andar como errantes en la tierra, con la imagen de Dios muy distante. Por eso seguimos buscando, por eso seguimos persiguiendo imágenes o, en última instancia, creándolas a nuestro parecer. La Biblia dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Esto quiere decir que llevamos dentro un reflejo de sus características personales, y por eso podemos sentir gozo, amor, felicidad, paz, y muchos otros atributos del ser. Asimismo, permanece en nosotros la misma capacidad creadora de Dios, de otorgar a nuestras creaciones nuestra imagen y semejanza. Podemos tomarnos unos momentos y pensar en los dioses que hemos creado a lo largo del tiempo y las civilizaciones: dioses muy poderosos pero tiranos, crueles, exigentes, celosos, destructores, mentirosos, cambiantes, orgullosos, vanidosos, traicioneros. Tales características dan evidencia de que han salido de nuestro corazón, el cual se encuentra barajando los mismos atributos. Al pensar en Dios nos daremos cuenta que esa deidad jamás pudo salir de nosotros. Para despejar aún más dudas, Dios se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1:14).

Cuando Jesús comienza su ministerio, luego de ser tentado en el desierto y bautizado por Juan, les hace una contundente pregunta a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que soy yo? (Lucas 9:18) De cara a sus discípulos, Jesús va a plantar un sólido fundamento desde donde ejercer su obra en la tierra. ¿Sería Jesús un profeta, un semidios, un dios griego o romano, o de tierras orientales? Muchas opiniones habían, sin embargo Pedro, con una revelación que no provenía de él, contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente (Juan 6:69) Esta declaración de identidad, aprobada por Jesús, fue la base para el comienzo de la iglesia. Esta identidad de Cristo va a ser profundamente atacada durante toda su vida ministerial. Por empezar, satanás le tienta en el desierto apuntando primeramente a su identidad: Si eres Hijo de Dios... (Lucas 4:3, 9). Hasta sus últimos momentos de vida, los fariseos y hasta un reo a su lado ponían en tela de juicio su identidad: Si eres Hijo de Dios... (Mateo 27:40, 43)

Somos buscadores y objetivadores de identidades. Nunca dudamos de Dios: dudamos de quién es Él, de quiénes somos nosotros, y de quiénes somos con respecto a su identidad. Al alejarnos de Dios y de Jesucristo, nuestro ser busca identificarse constantemente con

alguien o algo. Por eso fabricamos dioses y les ponemos atributos y nombres. Creamos ídolos musicales, artísticos y políticos a quienes admirar. Los ateos no existen porque siempre hay un "dios" a quien adorar. Aún nuestra propia imagen es cuidadosamente vigilada llegando a convertirse en el centro de nuestra creencia. Alejarse de Dios crea ese vacío existencial que nos hace preguntarnos quiénes somos y qué deberíamos creer. "Sólo cree en ti mismo" solemos decirnos unos a otros, seres imperfectos e impredecibles.

Construir la imagen

El sujeto se construye desde el otro. Este es un principio que incluye a todos los seres humanos de toda la historia a lo largo y ancho del globo. Los primeros "otros" que intervienen en la definición de nuestra identidad suelen ser nuestros padres. Ellos pensaron un nombre para nosotros, compraron una cuna y tal vez prepararon una habitación donde iniciar nuestra vida. Al crecer nos dan ropa, nos enseñan un idioma, nos guían a caminar y correr. Todo lo que vamos aprendiendo es determinado por otros; y cada vez más personas nos rodearán y harán su contribución a nuestra identidad. Cuando somos pequeños, logramos descubrir que somos una persona singular y diferente al vernos al espejo, descubriendo que nuestra imagen es diferente a la de papá, mamá, los hermanos, tíos, primos y la gente de la televisión. Así, sin pensarlo, asimilamos que nuestra imagen es nuestra identidad. Soy lo que veo de mí y de otros y por eso necesito la imagen como principal recurso formador de mi ser. Me veo a mí, veo a otros y voy siendo quien soy. Mi identidad se construye y transforma en contacto con la imagen, y busco o creo imágenes para tomar forma.

Anteriormente vimos que toda imagen que me rodea, como creación humana, es inconstante, engañosa y efímera. Al tomar en cuenta a Dios, como el Ser Eterno, descubro que su imagen es perenne, constante, firme en el tiempo y el espacio. Si toda imagen tiene la potestad de moldear y transformar mi identidad, ¿qué sucederá con mi ser al entrar en contacto con la imagen de Dios? Cuando hablamos de la imagen de Dios debemos considerar una imagen real, fidedigna y verdadera. Cualquier imagen divina creada por nosotros resulta en una catástrofe estética y funcional. Por esto, Nietzsche llegó a pensar: "¿El hombre es el error de Dios, o Dios el error del hombre?" Un dios así no prevalece en el tiempo, como lo ha demostrado la historia.

Vamos a tomarnos un momento para pensar en nuestro tiempo como bebés. No creo que podamos recordarlo. Pero pensemos en esos momentos que estamos en los brazos de nuestros padres y estiramos nuestra pequeña mano y tocamos aquel gigante rostro frente a nosotros. Estamos en contacto con alguien más. Esa persona es otra persona, y descubrimos esto al tocar su rostro. Así, siempre podemos venir a los brazos de Dios, siendo acunados por Él, y averiguar qué sucede con nuestra identidad al tocar su imagen, con el mismo afán y deseo que la mujer enferma al buscar tocar el borde del manto de Jesús (Lucas 5:25-34).

Somos creaturas de Dios, en cuanto a que no nos creamos a nosotros mismos (Salmo 100:3), sino que somos seres derivados de la imagen original. Ahora bien, como creaturas

formadas con libre albedrío, elegimos dirigirnos a la imagen que creamos conveniente para nosotros y ser transformados por ella. Un artista, club de fútbol o un partido político, con su imagen, nos convertirá en adeptos o fanáticos. Una estatua o sistema de ritos nos convertirá en religiosos. La imagen viva, real y palpable del Dios Viviente nos convertirá en sus hijos, si nos atrevemos a ser transformados por Él, de modo que cumpla sus palabras en Salmo 2:7: Mi hijo eres tú, yo te engendré hoy. Somos creación suya con el enorme potencial de ser sus hijos, y definir nuestra identidad de esta manera. ¿De qué sirve una religión sino para formar en nosotros a un fanático? No. La respuesta a la búsqueda de nuestra identidad es Cristo: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas (2 Corintios 5:17) Esa es la imagen perfecta donde podemos hallar nuestra identidad. Podrías pensar que tal vez hay otra respuesta. Busca. Observa. Prueba. Hay cientos y miles de caminos, pero el único verdadero y fiel, al fin de cuentas, es el camino que te lleva a casa. Recibir a Cristo en tu vida es definir quién eres. A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio la potestad de ser hechos hijos de Dios. (Juan 1:12)

El apóstol Juan descubrió estas verdades antes que nadie. Él siempre fue diferente al resto, estando más cerca de Jesús y aún buscaba recostarse sobre su pecho. Llegó a ser juzgado por sus contemporáneos, pero Él sabía quién era Jesús. Llegó a decir: Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. (1 Juan 1:1, 3) Juan era como un bebé espiritual, en los brazos de su Padre Celestial, tocando su rostro y descubriendo en Él su identidad. Así, como pequeños en sus brazos, es como Dios nos ha buscado siempre. Jesús dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. (Mateo 18:2-3)

Acercarnos a Dios es arriesgarnos a ser cambiados y transformados por Él. Su Presencia puede tomarnos y forjar en nosotros una nueva identidad; la identidad que siempre debimos tener. Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús (Efesios 2:4-5)

Esa identidad, como hijos e hijas de Dios, es la que quiere formar Dios en nosotros, liberando todo peso de pecado de nuestras vidas, los cuales han hecho mella en nuestro ser. ¿Por qué sufrimos? Porque en el caminar de la vida nos aferramos a dioses, religiones, ídolos y demás referentes para conformar nuestra identidad y no han hecho más que decepcionarnos. En consecuencia, actuamos según la identidad que hemos logrado formar, fallando en todo intento de ser felices. Cumplimos, casi sin saberlo, la Escritura que dice en Isaías 53:3, hablando de Jesucristo: Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.

La multitud de religiones nos ha impuesto una interminable lista de pecados que debemos evitar, pero olvidaron lo más importante: nosotros no somos los pecados, somos

pecadores. Nadie puede dejar de cometer pecados ni encontrar felicidad si no cambia su identidad. Nadie va a entrar al cielo por hacer cosas buenas, ni va a ir al infierno por hacer cosas malas. El cielo no espera a "gente buena", sino a hijos e hijas de Dios, cuya vida y obra se han determinado por quienes son. No hay que cambiar nuestras obras, sino nuestra identidad; luego, nuestras obras serán fruto de quienes somos.

"Ya no hay judío ni gentil, esclavo ni libre, hombre ni mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús. Y, ahora que pertenecen a Cristo, son verdaderos hijos de Abraham. Son sus herederos, y la promesa de Dios a Abraham les pertenece a ustedes. (Gálatas 3:28-29)

Uno no puede ser hijo de Dios si no tiene clara su conciencia de identidad y sin ser hijo de Dios nadie se salva ni encuentra una razón de ser. Tú puedes ser quien realmente quieres y debes, porque Alguien que te ama, Dios, te creó para que seas su hijo o hija. Recíbele hoy en tu vida, haz contacto con su imagen (y no alguna religión), y hallarás las respuestas que estás buscando. Jesús te ama.